

deseo que tenía de conservarla, no volvió á confiar en ella desde que Mr. de Metternich hizo su declaración al ministro de relaciones extranjeras. Apoderóse de él al punto aquel ardor extraordinario que le devoraba cuando se agravaban los acontecimientos, y en los días 3 y 4 de marzo dictó sus órdenes con incomparable actividad. El deseo y la esperanza de la paz no obraron en él como suelen obrar en las almas débiles, y no le indujeron á descuidar sus preparativos. Condióse por el contrario como las almas fuertes, que mientras se entregan al placer de esperar lo que desean, obran como si sólo esperasen lo que repugnan. Persuadido en un principio de que el Austria no podría comenzar sus operaciones antes de concluir el mes de abril ó de principiar el mes de mayo, había señalado como puntos de concentración los siguientes: Augsburgo para el general Oudinot, Metz para las divisiones de Carra Saint-Cyr y de Legrand, Estrasburgo para las divisiones de Boudet y Molitor, y Wurtzburgo para el mariscal Davout. Había elegido estos puntos, porque según sus profundas combinaciones eran los más favorables para la reunión de todos los elementos que debían entrar en sus nuevas creaciones. Pero inmediatamente señaló otros más aproximados al enemigo, y aceleró la conducción de tropas y material de guerra á los mismos. Designó á Ulm como punto de reunión de las cuatro divisiones de Boudet, Molitor, Carra Saint-Cyr y Legrand. Las dos primeras, encaminadas ya de Lyon á Estrasburgo, recibieron orden de torcer hacia Belfort y trasladarse directamente á Ulm atravesando la Selva Negra por la vía más corta; y se mandó á las dos últimas, esto es, á la de Carra Saint-Cyr y á la de Legrand, que sin detenerse en Metz avanzasen á marchas forzadas hacia Ulm por Estrasburgo. Los refuerzos y los pertrechos fueron inmediatamente dirigidos á la línea de que no debían aquéllas apartarse, de modo que se les incorporasen en el camino y los fuesen completando en la marcha. Por fortuna eran aquellas tropas bastante aguerridas, de modo que su organización no se sintió de semejante precipitación. Pero el cuerpo de Oudinot, que marchaba ya sobre Augsburgo, no se hallaba en tan excelente pie, porque había repentinamente pasado de una reunión accidental de granaderos y cazadores á una formación rigurosa de cuartos batallones. Hizo el emperador que saliesen con diez días de anticipación los granaderos y cazadores tomados de la guardia para formar las dos compañías escogidas de aquellos cuartos batallones, y los fusileros sacados de los depósitos para las cuatro compañías del centro; pero todo lo más que se podía esperar era que al romperse las hostilidades tuviese este cuerpo organizados sus batallones con cuatro compañías en vez de seis, y que fuese de dos divisiones en vez de tres, esto es, de veinte mil hombres en vez de treinta mil. Además este cuerpo tenía que formarse, por decirlo así, en presencia del enemigo; pero todo lo que le faltase iba á suplirlo el espíritu militar de aquel tiempo, la experiencia de los oficiales, de los soldados y de los generales, y el calor que á todos animaba y sostenía.

No cambió Napoleón el punto de reunión para el cuerpo del mariscal Davout, que seguía con el nombre de ejército del Rin, y le envió con toda celeridad los refuerzos destinados á completar los tres primeros batallones de guerra y los destacamentos destinados como

primer núcleo para la formación de los cuartos batallones. Todas las divisiones de caballería é infantería debían encontrar el personal y los pertrechos que les pertenecían en Wurtzburgo, por donde tenían que pasar. Solamente mandó al mariscal Davout, que tenía allí su cuartel general, que llevase inmediatamente sus divisiones al alto Palatinado para poder tener en breve una en Bayreuth, otra en Bamberg, otra en Nuremberg y otra en Ratisbona con que hacer frente á las tropas austriacas de Bohemia. Tanto le urgía ganar tiempo á Napoleón, que para acelerar la salida de los reclutas recurrió á una medida sumamente irregular, que bajo cualquier otra administración que no fuese la suya hubiera producido grandes inconvenientes y originado singulares confusiones; y fué que advirtiendo que ciertos depósitos abundaban de reclutas ya instruidos y equipados al paso que en otros no los había, mandó hacer salir para los regimientos que los necesitaban los reclutas ya dispuestos, aun cuando no perteneciesen á ellos. Bastaba para esto cuidar de que al llegar á su cuerpo respectivo se les cambiasen los botones de uniforme para que llevasen los números de los regimientos en que ingresaban. Empleó además Napoleón la precaución de no revelar á los comandantes de los depósitos el destino que daba á los reclutas que sacaba de ellos, para que no dejasen de mirarlos con interés y no les diesen prendas de desecho. La misma disposición adoptó para la caballería ligera: hizo salir cuantos cazadores y húsares había ya formados, sin curarse de enviarlos á los regimientos á que pertenecían, y mandó tan sólo observar cuanto fuese posible la semejanza de uniformes en la incorporación. Sin embargo, no siendo posible mezclar á los húsares con los cazadores por la gran diferencia de su equipo, y como había más húsares de los que podían emplearse, formó con ellos escuadrones de guías que sirviesen en el estado mayor de cada cuerpo de ejército para eximir á la caballería ligera del servicio de las escoltas, que la condena á numerosos destacamentos y á una enojosa diseminación.

Entramos en todos estos pormenores con el objeto de que se comprenda á qué clase de expedientes tenía que recurrir Napoleón por haber enviado sus principales fuerzas á España. Después de haberse ocupado en estas varias atenciones, se dedicó á organizar los quintos batallones. Destinábalos, como dejamos dicho, á formar reservas, además de cumplir con su destino natural de depósitos, ya para defender las costas de las tentativas de la Inglaterra, ya para hacer disponible cierto número de cuartos batallones, actualmente empleados en el campamento de Boloña, ya finalmente para ocurrir á las diversas contingencias de la guerra. Como había ya sacado ochenta mil hombres de la conscripción de 1810, quiso alistar además otros treinta mil para que la fuerza efectiva de cada quinto batallón fuese por lo menos de mil doscientos hombres, y además resolvió sacar de las conscripciones pasadas, á pesar de los reiterados alistamientos que en ellas acababan de hacerse, otros diez mil hombres robustos para su guardia. Prescribió que los primeros quintos batallones que se formasen se reuniesen en medias brigadas provisionales de dos, tres ó cuatro batallones cada una, en Pontivy, en París, en Boloña, en Gante, en Metz, en Maguncia, en Estrasburgo y en Milán. Por lo tocante á los diez mil reclutas

sacados de las clases anteriores, resolvió emplearlos en dar un nuevo desarrollo á la guardia imperial. A los regimientos de granaderos y cazadores que componían la antigua guardia, había agregado en 1807 dos regimientos de fusileros que se habían conducido perfectamente. Acababa de introducir los tiradores, y ahora introducía los reclutas, variando los nombres según las circunstancias de cada creación. Decidióse, pues, á crear cuatro regimientos de tiradores y cuatro de reclutas, con lo que debía subir por lo menos á veinte mil hombres la fuerza efectiva de la infantería de la guardia, y á veinticinco mil la de todo el cuerpo entero, comprendida su rozagante caballería, y aumentada su artillería con cuarenta bocas de fuego. Muy pronto aquellos soldados bisonos iban á rivalizar en espíritu militar con los veteranos, excediéndoles en fuerza física, que es dote común de la juventud. Ningún pensamiento podía atestiguar mejor que éste el conocimiento profundo que tenía Napoleón de los ejércitos y la inagotable fecundidad de su genio organizador. Dictó además las disposiciones necesarias para que la guardia veterana fuese conducida en posta de Bayona á París y de París á Estrasburgo.

Sólo había dirigido un aviso á los príncipes de la Confederación del Rin, pero desde el día 3 de marzo les envió órdenes terminantes como jefe de la Confederación. Pidió á la Baviera cuarenta mil hombres, para conseguir treinta mil por lo menos, que puso bajo el mando del general Lefebvre, que sabía el idioma alemán, y que siempre en la pelea se mostraba digno del grande ejército. Hubiera deseado el rey de Baviera que su hijo (1) mandase las tropas bávaras, pero Napoleón no lo consintió. «Es menester, le dijo, que vuestro ejército se bata formalmente en esta campaña, porque se trata de conservar y aún de extender los crecimientos que ha logrado la Baviera. Vuestro hijo podrá mandar después que haya hecho con nosotros seis ó siete campañas, mas por ahora que venga en mi estado mayor, donde aprenderá *nuestro oficio* y será recibido con todas las consideraciones debidas.» Concedió, sin embargo, al joven príncipe, como por vía de transacción, que mandase una de las divisiones de su país. Señaló Napoleón á Munich, Landshut y Estrasburgo como puntos de reunión para estas tres divisiones, asaz á la espalda del Inn para que no le sorprendieran los austriacos, y más allá del Lech y del Danubio para que pudiesen proteger nuestras concentraciones. Pidió al rey de Wurtemberg doce mil hombres que debían reunirse en Neresheim y servir bajo las órdenes del general Vandamme, á cuya elección se oponía dicho soberano, habiéndole Napoleón obligado á admitirle escribiéndole estas palabras textuales: «No ignoro los defectos del general Vandamme, pero es un verdadero guerrero, y tratándose de este difícil oficio es preciso saber perdonar muchas cosas en gracia de las buenas cualidades.» Reclamó Napoleón del gran duque de Baden una división de ocho á diez mil hombres y otra de igual fuerza al duque de Hesse-Darmstadt, que debían reunirse á fines de marzo en Pforzheim y en Mergentheim. En

(1) Era éste el mismo á quien hemos visto rey últimamente, y forzado por los sucesos á abdicar la corona, consagrándose al culto de las artes, á las que ha prestado en su país eminentes servicios. (N. del A.)

cuanto á los otros príncipes de último orden, como eran los duques de Wurtzburgo, de Nassau y de Sajonia, exigióles una división compuesta de los diversos contingentes que á cada cual correspondían, mandando que se incorporasen en Wurtzburgo al cuartel general del mariscal Davout. Pidió al rey de Sajonia que situase veinte mil sajones más allá de Dresde y veinte mil polacos más allá de Varsovia, cuyos contingentes componían reunidos de ciento diez á ciento quince mil hombres, en realidad sólo cien mil, ochenta mil alemanes y veinte mil polacos. El mariscal Bernadotte, procedente de las ciudades anseáticas, con la división francesa de Dupás, estaba encargado de mandar á los sajones y de incorporarse luego con el grande ejército en el Danubio. Los polacos protegidos por la vecindad de los rusos bastaban para defender á Varsovia, y como los acontecimientos de la guerra podían ocasionar el momentáneo abandono de Dresde y de Munich, mandó decir Napoleón á los dos soberanos que en estas dos capitales reinaban, que estuviesen prontos á dejar su residencia para acudir al centro de la Confederación, ofreciéndoles, por si les acomodaba hacer un ligero viaje á Francia, poner á su disposición todas las habitaciones imperiales espléndidamente servidas. Mandó además decir á su hermano Jerónimo que reuniese veinte mil hessenses, y á su hermano Luis pidió veinte mil holandeses, fuerza duplicada con la que apenas contaba, por cuanto el primero administraba sin economía su nuevo reino, y el segundo, por el contrario, administraba el suyo con toda la parsimonia holandesa.

Preparadas así estas fuerzas, he aquí la organización que les dió Napoleón. No podía disponer más que de algunos de sus mariscales, porque cuatro de ellos, que eran Ney, Soult, Víctor y Mortier, estaban guerreando en España. Entre los que tenía á su disposición había tres á quienes más particularmente distinguía, que eran los mariscales Davout, Lannes y Massena, y entre ellos resolvió repartir toda la masa del ejército francés, engrandeciéndole su empleo y su mando y confiándole cincuenta mil hombres á cada uno. Massena había mandado ya fuerzas aún más considerables, mas no habían logrado tan señalado favor Davout y Lannes, sin embargo de ser muy dignos. Conservó el mariscal Davout del ejército del Rin sus tres antiguas divisiones de Morand, Friant y Gudín, los coraceros de Saint-Sulpice, una división de caballería ligera y una cuarta división de infantería que mandaba el general Demont, y se componía de los cuartos batallones de este cuerpo; entre todos cincuenta mil soldados aguerridos, que eran sin disputa los primeros de Francia en aquella época. Este cuerpo, situado entre Bayreuth, Amberg y Ratisbona, tenía á esta última ciudad por punto de reunión. La división de Saint-Hilaire, destacada del ejército del Rin con una parte de caballería ligera y los coraceros del general Espagne, unida con las tres divisiones de Oudinot, debía componer otro cuerpo de cincuenta mil hombres, también mandado por el ilustre mariscal Lannes, que había de reconcentrarse en Augsburgo. Agrególe Napoleón una brigada de mil quinientos á dos mil portugueses, elegidos entre lo más florido de las tropas de su nación acantonadas en Francia, que estaban cansadas de la ociosidad y que eran más útiles en el ejército que en servicio interior. Agrególe también



los cazadores corsos y los del Po, tropa valiente y experimentada. Las cuatro divisiones de Carra Saint-Cyr, Legrand, Boudet y Molitor, con una arrogante división de caballería ligera, los hessenses y los badenses, debían componer otro cuerpo de la misma fuerza y reunirse en Ulm bajo el heroico Massena. Los coraceros y carabineros al mando de Nansouty, una numerosa división de caballería ligera, y los dragones organizados según dejamos dicho atrás, estaban destinados á componer bajo el mando del mariscal Bessieres, en ausencia de Murat, una reserva de catorce á quince mil jinetes. La guardia, que reunía unos veinte mil hombres, iba á hacer que subiese hasta el número de ciento noventa mil franceses, comprendidos los parques, la fuerza de aquella masa principal reconcentrada entre Ulm, Augsburgo y Ratisbona. Los bávaros, mandados por Lefebvre, formaban adelantados un excelente cuerpo auxiliar de unos treinta mil hombres; el mariscal Augereau formaba otro detrás con los wurtembergueses, badenses y hessenses; por último, más atrás todavía, el príncipe Bernadotte, como hemos visto, debía mandar á los sajones. Eran, por consiguiente, entre todos cinco cuerpos franceses, dos de ellos de reserva, con un cuerpo auxiliar adelantado y dos á la espalda, compuestos de veteranos y bisoños, animados por el espíritu de Napoleón, que nada dejaban que desear desde el punto de vista del valor, si bien mucho desde el de la experiencia y de la edad; pero compuestos perfectamente y capaces de mantener á su altura presente la gloria de la Francia. El príncipe Berthier fué nombrado su mayor general, y Mr. Daru su intendente, y Napoleón se reservó su mando en jefe. Diósele el nombre de ejército de Alemania, y no el de grande ejército, porque desgraciadamente el grande ejército no estaba en Alemania ni en Italia, sino en España.

El proyecto de Napoleón era avanzar directamente desde Ratisbona á Viena por la carretera del Danubio, y entregar su material de guerra á la corriente de este río con sus enfermos y despeados, y en suma toda la parte embarazosa de su ejército; plan que suponía que se hubiese desde luego causado algún descalabro de consideración á los austriacos. Con esta mira había hecho comprar numerosos barcos en todos los ríos de la Baviera, para que fuesen sucesivamente bajando al Danubio á medida que fuese él atravesando los ríos tributarios de aquel caudaloso río; y con el mismo objeto allegó hasta mil doscientos de los mejores marinos de la escuadrilla de Boloña para agregarlos á la guardia.

Era, pues, Ratisbona el punto donde tenía intención de concentrar sus fuerzas, abandonando el Tirol y dejando á los austriacos internarse en él cuanto pudiese convenirles, seguro de envolverlos y de cogerlos entre sus dos ejércitos de Alemania y de Italia si no se daban prisa á retroceder. Sin embargo, mandó hacer algunas obras en Ausburgo, abrir fosos é inundarlos, cercarla con empalizadas y construir reductos en el puente del Lech, de modo que su flanco derecho quedase con una posición fortificada mientras marchase llevando la izquierda avanzada. A esto se reducía la única precaución tomada del lado del Tirol, que era en verdad muy bastante.

Había escogido á Ratisbona como punto de partida suponiendo que los austriacos no tomasen la ofensiva

hasta fines de abril; que si sucedía lo contrario y empeñaban antes sus maniobras, pensaba Napoleón utilizar otro punto menos interior de la Baviera, y en vez de llevar de Augsburgo á Ratisbona las tropas que debían formarse en este primer punto para incorporarse con las que trajese de Wurtzburgo el mariscal Davout, elegir como punto intermedio á Donauwerth ó Ingolstadt, para que bajasen allí las tropas reunidas en Augsburgo y subiesen hasta él las reunidas en Ratisbona. Con este propósito mandó formar almacenes de víveres y municiones, no sólo en Augsburgo, sino también en Donauwerth y en Ingolstadt, por si llegaban á ser eventualmente punto de concentración general, y punto de partida para marchar sobre Viena. Iban á ser, pues, los primeros cuarteles generales de Napoleón, Ratisbona en caso de diferirse las hostilidades, y Donauwerth ó Ingolstadt en caso de acelerarse. El mayor general Berthier, que había sido despachado con anticipación, partió con estas instrucciones: iguales las recibió Mr. Daru para las traslaciones de los pertrechos y vitualla. Establecieronse estafetas entre Augsburgo y Estrasburgo por una parte, y entre Wurtzburgo y Maguncia por la otra, para unir las líneas telegráficas de la frontera y despachar diariamente á París noticias del teatro de la guerra; y por extraordinario se dispusieron casas de postas á fin de que pudiese Napoleón recorrer con toda celeridad la distancia del Sena al Danubio. Con esta preparación esperó los movimientos de los austriacos, resuelto á permanecer en París todo el tiempo que le fuese posible para estimular con su presencia á la administración de la guerra, antes de ir á infundir su creador aliento al ejército destinado á guerrear bajo sus órdenes.

Agregáronse á estas disposiciones algunas otras relativas á Italia y España, y á la marina. Reiteró Napoleón á Murat la orden de encaminar una brigada sobre Roma para hacer disponible la división de Miollis; señaló al príncipe Eugenio la dirección en que debía acometer á los austriacos, y le mandó cubrir con algunas tropas ligeras el camino de la Carniola por Laybach y llevar las cinco divisiones francesas de Seras, Broussier, Grenier, Lamarque y Barbou, de Udine al Ponteba para desembarcar por Tarvis sobre Klagenfurth en Carintia, camino directo de la Lombardía á Viena. Había enviado de Tolón algunos buques para proporcionarse en Venecia de mil doscientos á mil quinientos marineros franceses, que habían de ser sumamente útiles para la defensa de la plaza. Encargó á su hermana Elisa, gobernadora á la sazón de Toscana, que vigilase sobre la tranquilidad de aquella tierra, porque ya la Italia, por la facilidad con que los países amigos se contagiaban del descontento de los enemigos, empezaba á dar señales de agitación. Envióle una columna de gendarmes franceses para organizar allí un cuerpo de gendarmería italiana, y mandó se pusiesen en estado de defensa las fortalezas de Florencia, Siena y Liorna, con objeto de tener refugio seguro contra unas nuevas *Visperas Sicilianas*: de tal modo reconocía su previsión los peligros que su imprudente política recelaba.

Por lo tocante á España, mandó á su hermano José que continuase los preparativos de la expedición de Portugal, que el mariscal Soult debía verificar con cuatro divisiones, y que no encaminase al mariscal Víctor

á Andalucía hasta que el mariscal Soult hubiese pasado de Oporto. Encargó estuviesen bien asistidas las divisiones de Valence, Leval, Dessoles y Sebastiani, que quedaban en Madrid como recurso principal de la monarquía española, y sobre todo que se cuidase de que el mariscal Ney contuviese enérgicamente con sus divisiones las tentativas del Norte de la Península. Confió al general Suchet el antiguo cuerpo de Moncey que acababa de terminar el asedio de Zaragoza, mandándole se dispusiese á marchar sobre Valencia en cuanto diese fin el general Saint-Cyr á sus operaciones en Cataluña. Volvió á llevar el quinto cuerpo mandado por el mariscal Mortier de Zaragoza á Burgos para que pudiese en caso necesario darse la mano con el mariscal Ney contra el Norte de España, si aquella región se mostraba inquieta, ó regresar á Francia si la guerra de Alemania reclamaba nuevos refuerzos.

Ocupado por último en hacer concurrir la marina á sus operaciones, mandó Napoleón al almirante Villamez que saliese de Brest con dos navíos de ciento veinte, y seis de setenta y cuatro; que fuera á ponerse á vista de Lorient y Rochefort donde estaban cada cual con una división los contraalmirantes Troude y Lhermitte; que hiciese levantar el bloqueo en que los tenían, conduciéndolos hasta las Antillas, adonde tenían cargo de llevar víveres, municiones y tropas, tomando en cambio géneros coloniales, y que regresase después á Europa uniéndose con el almirante Ganteaume en Tolón para tomar parte en diversas expediciones por el Mediterráneo. Mientras el almirante Villamez ejecutase su correría, debía el almirante Ganteaume salir de Tolón con su escuadra y llevar á Barcelona una considerable provisión de pólvora, proyectiles y granos. El contraalmirante Allemand, que se hallaba en el Escalda, recibió órdenes para hacer salir la escuadra de Flesinga, y tenerla en el río dispuesta á zarpar; lo que no podía menos de ofuscar á los ingleses y de ocupar una parte considerable de sus fuerzas. Mandó además Napoleón á la administración de la marina que reuniese cierto número de chalupas cañoneras en la embocadura del Escalda y del Charenta para custodiar todos los pasos y oponerse á las tentativas de destrucción que probablemente harían los ingleses contra las escuadras fondeadas en aquellas aguas. Mandó al ministro Decrés que partiese para las costas el mismo día que partiera él para Alemania, á fin de presidir á la puntual ejecución de sus diversas instrucciones.

Mientras tomaba de este modo Napoleón sus últimas disposiciones, llegó de repente la noticia de que los austriacos habían llevado su arrojó hasta el punto de prender en Braunau á un correo francés que llevaba pliegos de la legación de Viena á la legación de Munich. Era este correo un antiguo oficial francés establecido en Viena, que, abandonando esta capital en el momento de estallar la guerra, se había encargado de varios despachos para los ministros de su nación. La violación cometida en aquella correspondencia, á pesar de sus vivas instancias, y del sello de las dos embajadas, que hubiera debido bastar para que fuese respetada, fué, á los ojos de Napoleón, un acto equivalente á un rompimiento. Entregóse á la más violenta cólera, mandó dirigir á Mr. de Metternich vehementes interpelaciones, y ordenó, como por vía de represalia, que fuesen inme-

diatamente arrestados los correos austriacos en todas las líneas. Esta orden, cumplida con el mayor rigor y sin dilación alguna, le proporcionó el apoderarse en el camino de Strasburgo de varios partes de importancia suma. Los leyó con grande atención y dedujo de ellos que iban á comenzar las hostilidades á mediados de abril: después la circunstancia de haber pedido Mr. de Metternich sus pasaportes acabó de descubrir la inminencia del peligro, y mandó al mayor general Berthier que se trasladase á Donauwerth, así para reunir el ejército en Ratisbona si había tiempo de hacerlo, como para que se replegase detrás del Lech hacia Donauwerth si no lo había, salvo el ocupar á Ratisbona con una división del mariscal Davout. Además, observando siempre el telégrafo, Napoleón estaba dispuesto á partir á la primera señal.

Las hostilidades cuyo comienzo había fijado para el 15 ó 20 de abril, empezaron antes de lo que se había figurado. En efecto, en Italia, en Baviera y en Bohemia, se había dado orden de abrir la campaña del 9 al 10 de abril: el teniente general Bellegarde, que mandaba los cincuenta mil hombres destinados á desembarcar por la Bohemia, pasó la frontera del Alto Palatinado por dos puntos á la vez, por Tirschenreit y por Vernberg; los cuatro cuerpos de los tenientes generales Hohenzollern, Rosenberg, archiduque Luis é Hiller, y los dos cuerpos de reserva de Juan de Liechtenstein y de Kienmayer, formando con la artillería una masa de cerca de ciento cuarenta mil hombres, se hallaban ya el 1.º de abril en la orilla del Traun, y el 9 del mismo mes en la del Inn, ocupando la frontera franco-bávara cuya violación iba á hacer estallar la guerra, y á ocasionar una de las campañas más sangrientas del siglo. El 9 por la noche, el archiduque Carlos, que se había puesto al frente de sus tropas, y á quien seguía el mismo emperador, que se había trasladado á Lintz para estar más cerca del teatro de la guerra, envió por medio de uno de sus edecanes al rey de Baviera una carta anunciándole que tenía orden de pasar adelante y de tratar como enemigas á todas las tropas que le hiciesen resistencia. Lisonjeábase, decía, de que no se opondría ninguna clase de tropa alemana al ejército libertador que iba á emancipar á la Alemania del yugo de sus opresores. Esta carta fué la única declaración de guerra dirigida á la Francia y á sus aliados. El rey de Baviera limitó su respuesta á salir de la capital con dirección á Augsburgo, dando orden á las tropas bávaras acampadas sobre el Isar, en Munich y Landshut, para que se mantuviesen firmes. Ya el mariscal Lefebvre había tomado su mando para conducir las al enemigo.

El 10 de abril por la mañana se preparó el ejército austriaco para atravesar el Inn y empezar la guerra. No sabía con toda exactitud dónde estaban los franceses, pero tenía noticias de que los había en Ulm, en Augsburgo, y especialmente en Ratisbona, adonde se dirigía el mariscal Davout; esperaba sorprenderlos en aquel estado de dispersión, llegar al Danubio antes de su concentración definitiva, pasar este río por entre Donauwerth y Ratisbona, unirse por su derecha con el cuerpo de Bellegarde, é invadir victoriosamente el Alto Palatinado, la Suabia y el Wurtemberg. El cuerpo de Hiller, el del archiduque Luis, y el segundo de reserva, formando una masa de cincuenta y ocho mil hombres



con el príncipe generalísimo á su frente, atravesaron el Inn en el mismo Braunau el 10 de abril por la mañana. El cuerpo de Hohenzollern, con veintisiete ó veintiocho mil hombres, le pasó á la misma hora por más abajo de Muhlheim; por último el cuarto cuerpo con el primero de reserva, y presentando una masa de cuarenta mil hombres, verificó su paso en Scharding, muy cerca de la confluencia del Inn con el Danubio. Por la extrema izquierda la división de Jellachich, que reunía unos diez mil hombres, después de haber pasado el Salza, se encaminó á Wasserburgo para atravesar el Inn y marchar sobre Munich. Por la extrema derecha, la brigada de Vecsay, que contaba unos cinco mil hombres y se componía de tropas ligeras, fué siguiendo la corriente del Danubio para servir de descubierta al ejército por su derecha y ocupar á Passau, plaza importante en la conjunción misma del Inn con el Danubio. Persuadido de la importancia de este punto, había Napoleón amonestado incesantemente á los bávaros á que pudiesen la plaza de Passau en estado de defensa, y hasta había enviado ingenieros franceses con los fondos necesarios para llevar á cabo las obras; pero nada se había hecho á tiempo, y el comandante bávaro no tuvo más arbitrio que entregarla á los austriacos. Mucho tenía que echarse de menos ese importante punto de apoyo, perdido por indolencia, y del cual pudo más adelante el enemigo sacar tanto partido.

Después de pasado el Inn, marcharon los austriacos en tres columnas hacia el Isar, donde debían encontrarse con las tropas bávaras y disparar los primeros tiros. Aunque había puesto gran conato en dar agilidad á su ejército, su marcha era lenta, en primer lugar por costumbre, y además por el mal tiempo y por lo embarazoso del transporte de sus almacenes. Queriendo hacer una guerra de invasión, y no acertando á sacar partido de todos los países como los franceses, se habían propuesto substituir á sus inmensos depósitos de comestibles unos almacenes ambulantes que siguiesen todos sus movimientos. De esta manera se prometían imitar con más facilidad las concentraciones súbitas y generalmente decisivas de Napoleón. Agregábanse á estos almacenes pertrechos de puentes y un inmenso material de artillería. Permanecieron, pues, enfangados varios días entre el Inn y el Isar, y no llegaron hasta el 15 á este último río. Hasta entonces sólo habían divisado patrullas de caballería bávara, á las cuales se abstuvieron de acometer sin duda por el deseo de prolongar la halagüeña ilusión de que no tenían que temer hostilidades de parte de los alemanes. Dispúsose el archiduque á pasar el Isar por delante de Landshut al día siguiente y ya esta vez no podía hacerse ilusión ni querer que los demás se la hicieran, porque los bávaros seguían por la orilla del río con todas las apariencias de estar resueltos á defenderse.

Cambió un tanto la disposición de sus columnas para esta importante operación, que, por ser la que iba á inaugurar la guerra, debía hacerse con prontitud y decisión. Destacó de su izquierda el cuerpo de Hiller hacia Moosburgo con objeto de resguardar la operación que iba á verificarse delante de Landshut, contrastada de lleno por el lado de Munich. Aproximó el cuerpo del archiduque Luis, que quedaba aislado con la separación del cuerpo de Hiller, al de Hohenzollern,

y les mandó á ambos forzar el paso del Isar por delante de Landshut. Situó en columna á la espalda los dos cuerpos de reserva; mandó al cuerpo del príncipe de Rosemberg, que ocupaba la derecha, que pasase el Isar hacia Dingolfing, punto donde no había que temer resistencia alguna, y que enviase sus tropas ligeras á Elbelsbach para quitar al enemigo el ánimo de conservar á Landshut viendo el Isar atravesado por la parte inferior; por último, la brigada de Vecsay, enviada ya por el Danubio abajo, debía extender sus correrías hasta Straubing, muy cerca por consiguiente de Ratisbona, para proporcionarse noticias de los franceses.

El 16 de mañana, dirigiendo el archiduque Carlos en persona el cuerpo del archiduque Luis, cuya vanguardia mandaba el general Radetzki, avanzó sobre Landshut para pasar por allí el Isar. Viniendo por el camino de Braunau, como sucedía á los austriacos, se baja por unos cerros cubiertos de vegetación á las orillas del Isar, que, después de atravesar la bonita población de Landshut, se dilata á placer por verdes y vistosas praderas. Asienta la pequeña ciudad parte en la vertiente de aquellos cerros y parte en la margen misma del río, que atravesándola se divide en dos ramales. Ahora bien, la división bávara de Deroy estaba ocupando á Landshut resuelta á disputar el paso del río: después de haber evacuado la parte alta de la ciudad y todo lo que de ella asienta en la margen derecha del Isar, había ocupado el puente del brazo mayor, apostado gran número de tiradores en el arrabal de Seligenthal, y formándose en batalla á la parte opuesta del llano, en las enmarañadas alturas de Altdorf que caen enfrente de los desfiladeros que conducen á Landshut. Al trasladarse el general Radetzki de la ciudad alta á la orilla del brazo grande por delante del puente que los bávaros habían cortado, fué recibido por las nutridas descargas de los tiradores, á las que contestó con el fuego de los tiradores del regimiento de Gradiscanes. El archiduque por su parte, utilizando las alturas para su formidable artillería, anonadó con ella al arrabal de Seligenthal, situado á la opuesta orilla del Isar, arruinó aquella parte de la población y la hizo insostenible para los bávaros en ella emboscados. Mandó en seguida restablecer el piso del puente sobre sus estribos, que aún estaban en pie, y le atravesó sin que el arrabal evacuado hiciese la menor resistencia. El cuerpo del archiduque Luis asomó hacia mediodía con gran hueste de jinetes, siguiéndole á corta distancia el cuerpo de Hohenzollern, y fué á desplegar á vista de la división bávara de Deroy, que estaba formada en batalla frente por frente, en las alturas de Altdorf. Trabóse un vivo cañoneo entre austriacos y bávaros; pero éstos al recibir la noticia de que sus enemigos habían pasado el Isar por arriba y por abajo hacia Moosburgo y hacia Dingolfing, se retiraron ordenadamente por entre los bosques á tomar la calzada de Landshut á Neustadt, sobre el Danubio. La pérdida por ambas partes fué de unos cien hombres. Los bávaros, aunque poseídos de dos opuestos sentimientos, el disgusto de batirse por los franceses contra los alemanes, y su antigua rivalidad con los austriacos que querían quitarles el Tirol, se condujeron con valentía: replegaron al Danubio ocupando el bosque de Durnbach, adonde ya se habían retirado la división del príncipe soberano procedente de Munich, y la del general Wre-

de procedente de Straubing, y allí estaban cerca de los franceses esperándolos con grande impaciencia.

El archiduque Carlos había pasado el Isar en Landshut con los dos cuerpos del archiduque Luis y del príncipe de Hohenzollern. Seguíanle inmediatamente sus dos cuerpos de reserva, Juan de Liechtenstein y Kienmayer. Tenía además á su izquierda ocupado á Moosburgo por el cuerpo del general Hiller, y el cuerpo de Rosemberg ocupaba á su derecha á Dingolfing. Hallábase, pues, á la parte de allá del Isar con los seis cuerpos del ejército destinados á operar en Baviera, formando casi una masa de ciento cuarenta mil hombres. Con sólo dar algunos pasos más, podía encontrarse con los franceses, porque del Isar al Danubio sólo hay unas doce leguas, y no hay que atravesar ningún río considerable. Sólo había que pasar arroyos tales como el Abens á la izquierda y el grande y pequeño Láber á la derecha, cerros, bosques, pantanos y tierra enmarañada, agria é intratable. Antes de internarse en esta región peligrosa había que pensarlo mucho por las probabilidades de tropezar á cada instante con el ejército francés, siempre muy formidable aun sin tener á Napoleón al frente. Tenía el archiduque Carlos á la izquierda á Augsburgo y Ulm, y á la derecha á Ratisbona; y todo cuanto sabía de los franceses era que tenían tropas en Augsburgo y en Ulm, sin poder decir cuáles y en qué número, y también en Ratisbona, aunque los de este punto eran mejor conocidos, porque pertenecían al cuerpo del general Davout cuya llegada en aquella dirección se anunciaba hacia mucho tiempo. El generalísimo austriaco formó el proyecto de avanzar en línea recta, atravesando la tierra que se extiende del Isar al Danubio, y de ir á parar á este último río, hacia Neustadt y Kelheim, siguiendo la doble calzada que desde Landshut conduce á ambos puntos. Llegado que fuese á Neustadt y Kelheim debía encontrarse entre las dos masas conocidas de los franceses, la de Augsburgo y la de Ratisbona. Podía dejarse caer sobre este último punto, derrotar al mariscal Davout, apoderarse de Ratisbona y darse la mano con el general Bellegarde. Disponía á la sazón de cerca de doscientos mil hombres, y érale fácil marchar sobre el Rhin atravesando el Wurtemberg, llevando por delante arrollados á los franceses, sorprendidos y batidos antes de poderse reunir. Pero había que atravesar aquel país casi impenetrable antes de que se concentrasen los franceses y llegase Napoleón, y para realizar este ambicioso proyecto, muy loable por lo demás si llegaba á ejecutarse tal como se había concebido, era ya algo tarde.

Al entrar en aquella región, el archiduque Carlos encontraba á su izquierda el Abens, que corría directamente hacia el Danubio y desaguaba en él cerca de Neustadt, después de haber atravesado á Siegenburgo, Biburgo y Abensberg. Corrían á la derecha, pasando por su frente, el grande y el pequeño Láber, que había que atravesar por cerca de su nacimiento, el cual tiene lugar en aquellas cercanías para ir á caer en el Danubio. Debía ir así avanzando entre el Abens, que había de costear por su izquierda, y los dos Láber, que tenía que atravesar por su derecha, marchando por entre bosques y pantanos para salir al Danubio por las dos calzadas de Landshut á Neustadt y de Landshut á Kelheim. Si no quería adelantarse hasta Kelheim y Neu-

stadt podía trasladarse á Ratisbona por un camino más corto, tomando á la derecha la calzada llamada de Eckmühl, la cual, después de atravesar el fangoso cauce del gran Láber en el mismo Eckmühl, sube atravesando montuosos desfiladeros y luego baja á la llanura de Ratisbona, por cuyo centro se ve al Danubio extenderse y torcer su curso; pues en efecto, después de correr desde su nacimiento hacia el Nordeste, se dirige constantemente al Este pasada Ratisbona.

Resolvió el archiduque Carlos seguir el 17 las dos calzadas que de Landshut conducen á Neustadt y Kelheim. Dió al general Hiller el encargo de marchar de Moosburgo á Maimburgo por el Abens para precaverse de los franceses, que se sabía estaban en Augsburgo, mientras que la división de Jellachich, situada más á la izquierda, acudiese de Munich á Freising á reunirse con el mismo cuerpo de Hiller de que dependía. Un poco menos á la izquierda, el archiduque Luis recibió orden de avanzar por la calzada de Neustadt, de atravesar á Pfeffenhausen y costear igualmente el Abens para vigilar á los bávaros aglomerados en la selva de Durnbach. El cuerpo de Hohenzollern por el centro, y siguiendo la calzada de Landshut á Kelheim por Rottemburgo debía, después de pasar los dos Láber, dirigirse sobre Kelheim seguido de los dos cuerpos de reserva, mientras que por la derecha el cuerpo de Rosemberg y la brigada de Vecsay intentasen por el camino transversal de Eckmühl un reconocimiento hacia Ratisbona.

Así, pues, con dos cuerpos á la izquierda, tres al centro y otro sexto cuerpo á la derecha, á la distancia de veinte leguas uno de otro, fué el archiduque Carlos avanzando desde el Isar al Danubio por el país desigual que acabamos de describir, y que se halla comprendido entre los puntos de Landshut, Neustadt, Kelheim, Ratisbona y Straubing. Mandó al teniente general Bellegarde, que había desembocado en el Alto Palatinado, impeler rigurosamente á la retaguardia del general Davout hacia Ratisbona con objeto de preparar la reunión general de todos.

El 17 marchó el archiduque con mesura y menos lentitud que de costumbre, pero con poca utilidad atendidas las circunstancias, y se encaminó á Pfeffenhausen por un lado, y á Rottemburgo por otro. Dimanaba su lentitud, siempre injustificable, de los malos temporales y de la dificultad de conducir por aquellos caminos, enteramente destruidos por las lluvias, los almacenes ambulantes que esperaba, sus pertrechos de puente y su material de artillería. Durante la travesía no hubo encuentro sino con la caballería ligera bávara, la que era sin piedad acuchillada desde que en Landshut había sido preciso batirse con los alemanes de la Confederación del Rhin.

El 18 el archiduque Carlos, siempre mal informado acerca de su izquierda, sabedor solamente de que por aquel lado había bávaros detrás del Abens y franceses hacia Augsburgo, pero mejor informado en cuanto á su derecha, donde sabía que el mariscal Davout se acercaba á Ratisbona, se convenció de que los franceses estaban divididos en dos masas, y se confirmó en la idea de que le convenía acometer primero al mariscal Davout. Dudoso aún de si marcharía derecho á Kelheim por la orilla del Danubio para bajar después por este